

herege, el cual fue quemado vivo, hubo un alboroto tan violento en una procesion de Edimburgo, que se abalanzaron los sectarios á las reliquias que se llevaban en ella, las arrojaron en el lodo, y obligaron al clero á que huyese precipitadamente, vomitando aquellos fanáticos mil blasfemias, y egerciendo todo género de profanaciones.

Para asegurar despues la impunidad y multiplicar sin riesgo sus atentados, se dispersaron por las provincias algunos de sus gefes y de los fautores que tenian entre la nobleza, exhortaron á los pueblos á declararse á favor de la reforma, y formaron en fin una confederacion. Fue ésta la primera que se hizo para la defensa de la heregía en Escocia, donde no cesaron ya hasta que hubieron arruinado enteramente el estado y la religion. La perspectiva de las consecuencias de esta rebelion estremecieron á la regenta, la cual dió oidos á las peticiones que la hicieron los rebeldes, y desde luego les permitió usar de la lengua vulgar en las preces públicas, en la administracion de los sacramentos, y generalmente en todas las ceremonias: lo que desaprobaban en gran manera los obispos, y se resolvieron á tratar con todo rigor á los enemigos de la fe. Entretanto se ajustó por el tratado de Cateau-Cambresis una paz general entre la mayor parte de los Príncipes de Europa, cuyos principales contratantes fueron el Rey de Francia y el de España, con la Reina Isabel. En consecuencia de esta negociacion, se formó un tratado particular entre Inglaterra y Escocia.

Animada la regenta con la separacion de los enemigos estrangeros, pensó sériamente en sujetar á los que trastornaban lo interior del reino. Se resolvió á desterrarlos de él, y para hacerlo de un modo mas solemne, mandó citar á todos los ministros de la reforma á una asamblea que habia convocado en Sterlyn. La secta, que estaba ya muy multiplicada, pretendió dar la ley, ó por lo menos recibir solamente la que mas la agradase. Obedecieron los ministros á la citacion; pero se presentaron acompañados de tal gentío, que solo se trató de aquietarlos, prometiéndoles que nada se decretaria contra ellos. Se retiraron con la seguridad de esta promesa, la cual fue inmediatamente violada, pues luego que desaparecieron, se procedió como si no hubieran querido concurrir, y se les detestó como á contumaces. Esta infraccion de la palabra dada, y algunos otros procedimientos no menos irregulares, enfurecieron al pueblo, y obligaron á muchos señores á abandonar á la regenta, sin embargo de que habian sido antes muy adictos á su partido.

77. Tales fueron, entre otros, el conde de Argylla, uno de los señores mas poderosos del reino, y el prior de San Andrés, hijo natural del Rey Jacobo V, llamado Jacobo Stuardo, conde de Murray, nombre eternamente detestable, que escita la idea de un hombre sanguinario y lleno de rapiñas, y de uno de aquellos mónstruos sin alma y sin conciencia, que se hacen célebres porque no se niegan á ningun delito. Sin embargo, éste es el héroe privilegiado de



Buchanan; predileccion que basta por sí sola para que formemos una idea exacta del héroe y del pagnegirista. Al conde de Murray le favoreció en sus atentados, ó por mejor decir, le preparó á ellos el calvinista Juan Knox, predicante furioso, á quien Teodoro Beza da el nombre de apóstol de Escocia (1). Este apóstol era un clérigo y fraile apóstata; le acusan algunos historiadores de haber tenido un comercio infame con su madrastra, y con una porcion de devotas ilusas; se le hizo cargo de haber incurrido en las prácticas mas abominables de la magia; y en fin, dejándose llevar del furor que inspira una conciencia atormentada con los delitos y los remordimientos, comunicó su frenesí á los pueblos y á los nobles, arrastrándolos con el ímpetu de sus predicciones violentas y de sus blasfemias calumniosas. Destruyó las iglesias y los monasterios; arrojó á los sacerdotes y á los obispos; saqueó los bienes consagrados á Dios, y cometió contra los católicos y contra las cosas santas las profanaciones y crueldades mas inauditas. Pasando del desprecio de la religion al de la diadema, hizo que se derogase la autoridad de la Reina regenta, y la trasladó á los gefes del partido, á quienes se condecoró con el título de consejeros, y principalmente al bárbaro conde de Murray, que con pretexto de celo contra la idolatría papística, aspiraba á usurpar el trono á su hermana María. Knox predicó públicamente que los vasallos de esta

(1) *Camer. de Scot. Pict. l. 4. c. 2.*

Princesa estaban absueltos del juramento de fidelidad, y que no solo estaba en su arbitrio el deponerla, sino que por derecho divino y humano era lícito á cualquier particular, del mismo modo que al cuerpo del estado, matar á los tiranos, esto es, segun el estilo de la secta, á los Soberanos que se oponen á la ruina de su religion. Entretanto escribió Calvino desde Ginebra, donde exigia una sumision sin limites, una carta de enhorabuena á Knox por la rapidéz de sus progresos, esto es, por los progresos de la rebellion, exhortándole á la perseverancia, y pidiendo al cielo que derramase sobre él sus favores (1).

En efecto, enarbolaron los hereges el estandarte de la rebellion, salieron á campaña con tropas bien armadas, hicieron frente á las de la regenta, y se apoderaron de muchas plazas fuertes. Tales fueron, entre otras, Perth, Scona, Sterlyn y Limmach, en donde echaron por tierra los monasterios, cometieron todo género de escesos en las iglesias católicas, variaron enteramente la forma de los divinos oficios, y establecieron en ellas ministros de su secta. Los mismos desórdenes cometieron en Cupre y en San Andrés los habitantes de estas ciudades, los cuales se declararon á favor de la nueva reforma en presencia de su arzobispo, el cual mandaba un formidable destacamento de caballería. La Reina viuda imploró el auxilio de la Francia, que hacia causa comun con la Escocia, á lo menos contra el conde de Murray, armado, con pretexto de la religion (aunque ésta era

(1) *Calv. Epist. 285.*



lo que menos le interesaba), para quitar la corona á la Reina María, y por consiguiente al Delfín que se habia casado con ella. Antes de emprender nada Enrique II, quiso instruirse de los verdaderos motivos de Murray, y envió un embajador á Escocia con este objeto, estando resuelto á no tomar partido si solo se trataba de contiendas en materias de religion, pues no le faltaba á él que hacer con igual motivo en su propio reino. El enviado no volvió á Francia hasta despues de la muerte del Rey, la cual varió todo el sistema de los negocios, y dejó á la Escocia abandonada á su suerte infeliz. La absoluta libertad de conciencia que fue preciso conceder á los novadores, los aquietó solamente hasta que se les presentase ocasion para sojuzgar á los católicos.

77. Sus pretensiones eran casi iguales en Alemania, como lo dieron á entender los sectarios al Emperador Fernando I en la dieta que se celebró en Augsburgo el año 1559. En otra asamblea, celebrada en la misma ciudad algunos años antes, se habian suspendido las antiguas providencias dadas contra ellos, conviniendo con demasiada generalidad en que quedasen las cosas en el estado en que se hallaban, hasta que pudiesen terminarse de un modo definitivo las desavenencias que habia entre los dos partidos. Alentados los sectarios con esta condescendencia, quisieron que se considerase como un derecho, y se empeñaron en mudar su posicion precaria en un estado fijo (1). En vano propuso el Emperador un

(1) *Thou. l. 22. n. 4.*

concilio para arreglarlo todo definitivamente, porque ellos no querian otro que aquel en que la palabra de Dios fuese la única regla de las decisiones, y en que por consecuencia, segun el sentido comun de este language, no se entendiese la sagrada Escritura conforme á la tradicion de los padres, ni á la interpretacion del Vicario de Jesucristo y de los demás sucesores de los Apóstoles, sino segun agradase á sus teólogos, esto es, á unos reos procesados: y se esplicaron con tal altivéz, que temiendo Fernando volver á turbar la tranquilidad del imperio, consintió en permitirles el libre ejercicio de su religion.

Aun con respecto á los pueblos de sus estados hereditarios, se vió obligado por aquel mismo tiempo á dejarlos en libertad para comulgar bajo las dos especies, y ni aun quedaron contentos con esta indulgencia, retirándose descontentos por una y otra parte, sin haber concluido nada (1). Lo mismo sucedió en Baviera, donde para conseguir el duque Alberto los subsidios que necesitaba, concedió á sus vasallos el uso del cáliz, y el de la carne en los dias prohibidos; protestando sin embargo que estaba muy distante de abandonar la religion de sus padres. Por todas partes iba en aumento la desercion en la iglesia germánica. El duque Alberto de Prusia, movido por su yerno el duque de Mecklemburgo, declaró al mismo tiempo por un escrito público que abrazaba la confesion de Augsburgo, y mandó que la ensenasen en todos sus dominios. Esta doctrina tambien fue recibida en Spira por

(1) *Sleid. l. 26. = Thou. l. 17.*



la autoridad del consejo, y abrazada por el marqués Carlos de Baden, el cual llamó ministros de los países inmediatos para establecer templos en sus estados.

79. Durante la guerra, que con buen éxito hizo Felipe II contra la Francia desde el segundo año de su reinado (\*), gozaron los hereges en este reino de una

(\*) Muy gloriosa fue para las armas españolas y para nuestro gran Monarca Felipe II esta guerra, en que los franceses, derrotados en todas partes, se vieron obligados á pedir y recibir la ley del vencedor. Cuando supo Enrique II la paz que ajustó el duque de Alba entre España y la santa Sede, lejos de perder las esperanzas, determinó seguir la guerra, deseando arrojar á los españoles de Italia, y con este objeto envió contra ellos al duque de Guisa con un poderoso ejército, bajo pretexto de socorrer al Pontífice, á quien suponía oprimido por las circunstancias; y declarando nulas las treguas, demostró que su ánimo estaba muy distante de la paz. Coligny, capitán y almirante de Enrique, se presentó por otra parte en las fronteras de Flandes, y volvió de este modo á principiarse la guerra con mas furor que nunca. Deseoso entonces el Rey Felipe de vengar tantas injurias, juntó un respetable ejército, que al mando de Filiberto de Saboya, marchó contra la plaza de San Quintin. El objeto de este general era apoderarse de aquel importantísimo punto, para poder penetrar con mas facilidad en lo interior de la Francia. Conoció Enrique sus intenciones, y quiso poner un dique á las rápidas ventajas de sus contrarios, aunque sin fruto. Confió, á este fin, una fuerte expedición al general Montmorenci para socorrer á los sitiados: Coligny, mas intrépido que sus compañeros, logró introducirse en la plaza; pero los demás fueron rechazados. A esta tentativa siguió la batalla de San Quintin, tan célebre en la historia, y la mas memorable del reinado de Felipe II. Combatieron en ella los franceses con valor; mas no pudieron resistir al ímpetu y denodado esfuerzo de los españoles, que entonces mas que nunca se acreditaron de invencibles. Los franceses perdieron en la acción sus mejores oficiales y la mayor parte de sus tropas. Diez mil hombres que perecieron al filo de la espada, dos mil nobles y cuatro mil soldados que con el general Montmorenci quedaron prisioneros, noventa banderas y

libertad que no se hubieran tomado en tiempos mas tranquilos (1). Aunque se habian prohibido sus juntas, pena de la vida, y en efecto fueron condenados al fuego muchos contraventores, no dejaron por eso

trescientos carros cargados de víveres y municiones, fueron los trofeos con que pudieron ostentar su triunfo las tropas de Felipe. Hallábase este Príncipe á la sazón en Flandes, y apenas recibió la noticia del feliz éxito de sus armas, pasó inmediatamente al cuartel general de los sitiadores para dar mayor impulso á la empresa de Filiberto.

No podemos menos de referir aquí con este motivo, un rasgo que nos representa el verdadero carácter del Monarca español. El héroe de la batalla de San Quintin se presentó para besarle la mano; pero Felipe, arrojándose en sus brazos y estrechándole con el mayor cariño, exclamó: *no amigo, no; á mí me toca besar las tuyas, autoras de tan grande victoria*. En el consejo de guerra que se tuvo despues de su llegada, el duque de Saboya era de parecer de abandonar el sitio para perseguir los restos del ejército derrotado; pero Felipe, con su acostumbrada prudencia, temiendo esponer sus tropas en lo interior de la Francia sin tener un punto de apoyo en caso de derrota, resolvió estrechar la plaza. Creíase que ésta no podría resistir por largo tiempo; sin embargo los españoles tuvieron que luchar por algunos días contra el valor de los franceses y el tesón de Coligny que los mandaba. Determinóse por último el Rey á tomar la plaza por asalto; lograron sus tropas espugnar los muros, y finalmente hacerse dueños de todo. Tomada la plaza, dispuso Felipe que se reedificasen los fuertes; y entregando parte del ejército al conde de Aremberg, se apoderó en breve este general de Castelet Han, Noyón y otras plazas importantes. Los franceses trataron de reparar sus desgracias; mas los ejércitos del Rey de España, ya tantas veces vencedores, ganaron cerca de Gravelines otra victoria, no menos importante que la de San Quintin, contra el mariscal de Termes, cuya derrota obligó al Rey Enrique á admitir cualesquiera condiciones de paz, que se ajustó, en fin, despues de largas negociaciones, y se ratificó con el matrimonio del Rey de España con la Princesa Isabel de Francia.

(1) *Thou. l. 19.*



de reunirse los sectarios en varias provincias, y aun en medio de la capital, principalmente en la plaza de Maubert, y en la calle de Santiago, cerca del colegio de Plessis. A pesar de los demás cuidados del gobierno, muchas de estas gentes turbulentas, hombres y mugeres de todas clases, profesores, abogados y médicos, fueron presas y quemadas; pero sin que por esto escarmentasen los demás. El pueblo les atribuía delitos atroces y tales infamias, que no podríamos referirlas sin ofender al pudor.

Provenia su seguridad de los poderosos apoyos que tenían entre los grandes del reino, y especialmente por parte de los señores de Chatillon-Coligny, distinguidos por la nobleza de su familia, por sus grandes enlaces, y mas que todo por el parentesco con la casa de Montmorenci, por las dignidades importantes con que estaban condecorados, y por el superior talento con que las desempeñaban. Para decirlo todo en una palabra, era tal su crédito en la corte y en todo el reino, que contrapesaba al de la casa de los Guisas; y era de tal naturaleza la rivalidad entre estas dos casas, que no era posible conciliarse sus pretensiones respectivas. Como el condestable Anno de Montmorenci y el almirante de Coligny, su sobrino, estaban prisioneros de guerra, y solo Andelot, hermano de Coligny, podia disputar á los Guisas el favor del Monarca (1), Granvelle, obispo de Arras, en quien tenia entera confianza el Rey de España, tuvo una conferencia en Perona con el cardenal de Guisa,

(1) *Thou.* l. 20.—*La Popelin.* l. 5.—*Hist. de las Igl. Reform.* l. 2.

y le escitó fuertemente á promover entre las dos cortes una paz que era muy necesaria á la Religion, porque las divisiones de los Príncipes daban motivo á que se esparciese el error por todas partes. Añadió que la Francia tenia un interés particular en esta paz; que muchos señores, y en especial los hermanos Colignys, tan celosos de la augusta casa de Lorena, estaban enteramente inficionados con las nuevas doctrinas; que la Providencia presentaba la mejor ocasion contra ellos en la ausencia del almirante y de su tio el condestable; que cansado ya de andar con precauciones el coronel general Andelot, no se dignaba de moderar sus espresiones, y hablaba indignamente de la Religion; que le habian oido declamar con escándalo contra la nobleza, y que todos los dias hacia un gran número de prosélitos entre los soldados y los oficiales. Para convencer mejor al cardenal le manifestó una carta que habia escrito Andelot á su hermano el almirante, enviándole algunos libros de Ginebra. Se habló de otras muchas cosas que han quedado ocultas, de las que se presume haber sido el origen de la grande intimidad de España con la casa de Guisa. El cardenal y el obispo se separaron despues muy amigos, sin que se supiese entonces otra cosa acerca de su conferencia, sino que habian tratado de la paz.

80. Habiendo ido el cardenal de Guisa á ver al Rey en el castillo de Monceaux, situado en la provincia de Brie, le refirió la conversacion que habia tenido con el obispo de Arras; que el Rey de España,



á pesar de la toma de San Quintin y las demás victorias que habia conseguido, deseaba dar fin á una guerra, cuya prolongacion era muy favorable á los hereges de Flandes y á los de Francia para esparcir libremente el contagio que respiraban; que estaban inficionados con la heregía muchos grandes del reino, y que segun Granvelle, blasfemaba públicamente Andelot contra el santo sacrificio de la misa. Estas noticias hicieron en el ánimo del Rey toda la impresion que debian producir dos motivos tan poderosos como el deseo de terminar una guerra ruinosa fuera del reino, y el temor de una sublevacion interior por parte de los hereges. Inmediatamente envió á llamar á Andelot, del cual le habian hablado ya como de un católico muy equívoco, y mandó que le advirtiesen que mirase cómo se esplicaba al responder á las preguntas que habian de hacerle.

81. Se presentó Andelot con resolucion. El Rey, que le amaba y apreciaba su valor, le trató con mucha bondad, é hizo grandes elógios de sus servicios y de los de sus parientes. Despues de esto le dijo, que le era muy sensible lo que le decian por todas partes acerca de sus opiniones en materia de religion, y le mandó que declarase con exactitud lo que pensaba en orden á la misa. Andelot, naturalmente precipitado y orgulloso, respondió con descaro, que la miraba como una abominacion, y añadió que su cuerpo estaba en poder del Rey, y podia disponer de él á su arbitrio; pero que su alma solo estaba sujeta á Dios, á quien, y no á otro alguno, debia obedecer

en semejante materia. Aunque el Rey era de un génio bastante pacífico, se indignó de tal manera, que le faltó poco para acabar allí mismo con aquel monstruo (1). Sin embargo, se contuvo, le arrojó ignominiosamente de su presencia, y mandó que le llevasen preso á Meaux, desde donde fue trasladado poco despues al castillo de Melun, del cual salió mas adelante, despues de haber consentido en que se celebrase en su presencia el santo sacrificio de la misa, esto es, despues de haber participado como un vil hipócrita de lo que miraba como una idolatría abominable: porque aquel valiente sectario no mudó jamás de modo de pensar, y fue hasta la muerte el azote mas terrible de los católicos.

82. No eran menos atrevidos los hereges particulares que sus mismos gefes. Aprovechándose de las calamidades del estado y de las turbulencias públicas que no permitian usar con ellos de la vigilancia necesaria, no se contentaron, como antes, con juntarse de noche y en silencio, sino que salieron de dia y en gran número fuera del arrabal de San German, á un paseo público, llamado el prado de los clérigos, y cantaron en alta voz los salmos traducidos al francés por Clemente Marot y Teodoro Beza. Habiendo acudido muchos espectadores con la novedad del espectáculo, no dejaron de reunirse tambien en los dias siguientes, y entonces se vieron confundidos con los fanáticos vulgares el Rey de Navarra Antonio, y la

(1) *Hist. de las Ig. Ref. l. 2.*



Reina Juana su esposa: lo que fortificó prodigiosamente al partido, y le inspiró una confianza capaz de atreverse á cualquier empresa. Informado Enrique II de aquellos congresos insolentes, mandó que se procediese contra sus autores, y publicó un nuevo edicto, prohibiendo á todos los jueces mitigar la pena de muerte y de confiscacion decretada contra los que resultasen convictos de heregía, ó de haber introducido en el reino los malos libros de Ginebra y de Alemania. Fueron prohibidas con las mismas penas las asambleas y cánticos heréticos. Cesó esto por algun tiempo; pero la multitud de los desertores de la fe, y la cualidad de sus fautores ó protectores, junto con las sollicitaciones de los Príncipes de Alemania y de los demás aliados, tan necesarios al Rey en las circunstancias difíciles en que se hallaba, resfriaron insensiblemente el ardor de los procedimientos, y obligaron á que se tratase con mucha menor severidad hasta la paz á aquellos turbulentos novadores.

83. Entretanto declamaba Calvino diciendo, que las amenazas y los suplicios no debian detener á los defensores del evangelio puro. Desde el centro de su guarida, desde Ginebra, donde nadá tenia que temer, atizaba el fuego con sus cartas sediciosas, y le parecia siempre que sus atletas no manifestaban bastante valor contra los peligros á que él no se esponia jamás. Escribió á París, diciendo que era una cobardía vergonzosa abstenerse de cantar los cánticos sagrados, é interrumpir las alabanzas de Dios por el precepto de un hombre. Habia logrado formar una alianza

perpétua entre el poderoso canton de Berna y la ciudad de Ginebra, y lleno de orgullo con este triunfo, no habia cosa que no se prometiese para la gloria de la reforma. Aunque sus subalternos estaban poco acordes entre sí, cedian á su autoridad contra su propio modo de pensar; y si alguno se atrevia á contradecirle, podia tener por cierta su ruina.

Habia en la iglesia de Ginebra una agregacion particular, compuesta de muchas familias italianas que habian abandonado su pátria para profesar con libertad el error (1). Fue tan grande el prurito que se introdujo en ella de sutilizar en la esplicacion de la Escritura, especialmente despues de la llegada de Valentin Gentilis, famoso por las conferencias arrianas de Vicencia, que no tanto se profesaba la doctrina de Calvino como la de Arrio, y aun se publicaron algunos escritos conforme á los antiguos principios de Miguel Servet. Gentilis fue acusado como Servet, encarcelado, y obligado á retractarse primera y segunda vez. No sirviéndole los perjurios para conseguir sus fines, y viéndose perseguido por Calvino con la mayor perseverancia, tomó el partido de salir furtivamente de Ginebra, como el único medio que le quedaba para librarse de la hoguera. Anduvo errante por el pais de Gex, por la provincia de Leon, por el Delfinado y la Saboya; se atrevió á pasar al canton de Berna, donde fue conocido y puesto en una cárcel, de la cual logró tambien escaparse, y huyó á Polonia, buscando el asilo de Jorge Blandat

(1) Bez. y Adam. Vid. de Calv. = Aret. Hist. Val. Gent. n. 1. p. 46.

